

easily by using notions of biocultural nurture and commensality and nurture, respectively.

The discussion of “the Breastfeeding Complex” continues in the next chapter, discussing web-like characteristics, drawing, they say, from a “biological core” which is “surrounded by cultural realities”, before going on to reference Fuentes’ integration of “ecological, biological, and social landscapes” and then pointing out that this is both a “busy crossroad” as well as an “intimate school” (49). This argument introduces an important comment to the effect that “[h]uman milk is never standardized but is always personalized” (50). Human milk is potentially going to change, especially as we are moving towards individualised analysis of milk samples, especially for infants who are hospitalised, an issue that is also missing from this volume. Although milk sharing is discussed (albeit only with reference to secondary sources), the reference to the highly emotive and medicalised donor human milk banking are very limited, which is also somewhat overly simplistically bookended with discussions of some aspects of wet-nursing historically and cross-culturally, but again not from primary sourced data (85). Although the term milk banking is again mentioned with milk sharing when discussing pumping, the authors stated that “the first electric pump was developed in 1991” (151). In fact, the development of this technology has a much longer and more interesting history, a history which informs an ongoing discussion regarding to how to recognise “breast milk feeding” as inclusive of pumping regimes that do not necessarily include direct infant to breast feeding. The maternal generosity underlying these human milk exchanges also has a feature of community not discussed in this complexity of infant feeding.

The authors end the book by asking the question “Can supporting breastfeeding help us to find community on this troubled planet?”, to which they answer this happy possibility is unlikely, and that such an answer “would sentimentalize mothering and romanticize breastfeeding” (222), reminding us that supporting nurturing customs wherever they may occur may at least help.

Another weakness of the book, I think is important to mention, is linked to a serious lack of extensive and/or diverse ethnographic voices specifically from those mothers who must have presumably informed the extensive research of these seasoned researchers, both of whom have field experience in Southeast Asia. Finally, it should be noted that the index is very short, and I found myself looking up electronic versions of the book in order to find detailed discussions of topics I wished to revisit. Also, please note, a detailed summary of the book is available at <<https://www.sewanee.edu/media/academics/anthropology/pdfs/The-Dance-of-Nurture-Embodying-Infant-Feeding.pdf>>. Overall, I feel that this book is bound to be an important and often cited source in the anthropological study of infant feeding.

Tanya M. Cassidy
(tanya.cassidy@mu.ie)

Verdery, Katherine: *My Life as a Spy. Investigations in a Secret Police File.* Durham: Duke University Press, 2018. 323 pp. ISBN 978-0-8223-7081-9. Price: \$ 27.99

En la antropología se publican en las últimas décadas, y de forma creciente, obras en las que sus autores miran hacia el pasado y reflexionan sobre sus experiencias vitales. Luego de tres, cuatro o más décadas pasadas desde las primeras experiencias “en el campo” – entendiendo bajo esta expresión extensas estadias en otras sociedades de la propia, ya sea en América del Sur, en Nueva Guinea u en otras regiones –, el antropólogo o la antropóloga, en su edad madura, hacen partícipes al lector de sus experiencias pasadas. El libro de Katherine Verdery, que podría ser clasificado dentro de este tipo de obras, se halla, por la naturaleza polifónica de sus fuentes, más allá.

La primera impresión que provoca la carátula del libro a quien la observa conduce por un camino errado, tanto por el título “My Life As a Spy. Investigations in a Secret Police File” como por la foto que la ilustra: una mujer en ropa interior, fotografiada de espaldas, aparentemente tendiendo una cama, que evidentemente no sabe que está siendo fotografiada. No estamos, sin embargo, frente a una novela de espionaje a lo John Le Carré, sino de las multifacéticas experiencias de Katherine Verdery, una antropóloga especializada en Rumania y autora de obras fundamentales sobre temas antropológicos sobre ese país. A lo largo del libro analiza en detalle sus múltiples y complejas experiencias durante las más de cuatro décadas de extensas investigaciones, relacionadas con diferentes proyectos de investigación, a partir de 1973 hasta prácticamente la actualidad. En ese año, Verdery viaja a Rumania para hacer su tesis doctoral sobre temas de identidad y vida campesina en pueblos de Transilvania.

La chispa que la inspiró a escribir esta obra surgió en 2008, luego de la caída de Nicolae Ceaușescu, que controló con mano férrea el país entre 1965 y 1999, a partir de la lectura de los legajos que la Securitate había escrito sobre ella, y conservados en un archivo en Bucarest. En la enorme cantidad de páginas sobre la autora (concretamente 2781 páginas), se la identificó con el paso de los años sucesivamente como espía, agente de la CIA, agitadora húngara y amiga de disidentes. En diversas partes del libro hay numerosas citas textuales de los documentos a los que accedió y cuya lectura representó una experiencia traumática. Luego de la lectura, y hasta la publicación del libro, conversa con informantes y amigos (en algunos casos era la misma persona) e incluso con tres de ex agentes de la Securitate que firmaron las observaciones hechas sobre ella.

El libro está dividido en dos partes: la primera, más extensa, titulada “Research under Surveillance” tematiza sus estadias hasta la lectura de los legajos: La segunda parte, titulada “Inside the Mechanisms of Surveillance” se refiere a las revelaciones que halló en ellos, los encuentros con algunos informantes y sus sentimientos al respecto.

Si bien vista desde la perspectiva de quienes no conocemos los entretelones políticos de Rumania, tendemos a ver la Securitate como una institución monolítica, inalterable a través del tiempo, la autora muestra los cambios que se dieron a lo largo de las décadas, también en sus métodos. La brutalidad de la prisión en cárceles de décadas anteriores dio paso a formas menos incruentas, pero igualmente insidiosas. Sobre esta institución Verdery había escrito ya anteriormente (*Secrets and Truths. Ethnography in the Archive of Romania's Secret Police*. Budapest 2014). La mayoría de los que la espían eran personas de un nivel intelectual considerable, que generalmente poseían un grado universitario. Entre los métodos empleados se contaban la apertura de sus cartas, el revisar su habitación y sus valijas cuando estaba ausente, además de sacarle fotos con una cámara oculta. Incluso le enviaron varios hombres como posibles amantes, a fin de que desenmascararan su verdadera identidad.

En los años de la dictadura de Ceaușescu era posible hacer investigaciones de campo, becada por una universidad de los Estados Unidos y bajo la tutoría de un mentor rumano, con el que la autora mantiene una muy buena relación. Su tema se centraba en la identidad étnica, un aspecto problemático ya que investigaba en una aldea binacional (rumana y alemana), las formas de la vida rural, conectadas con las diferentes historias de ambas naciones y su posición en la sociedad transilvana.

Al regresar a Rumania en la década de 1980, para investigar el tema de la formación histórica de una ideología nacional, lleva como regalo su libro “*Transylvanian Villagers. Three Centuries of Political, Economic, and Ethnic Change*” (Berkeley 1983). En él recoge un conocido chiste étnico sobre rumanos y alemanes, que circulaba oralmente. Su amistad con un anciano intelectual, así como muchas otras amistades fueron aniquiladas por este hecho que, si bien a Verdery le parecía trivial, fue vivido por los rumanos como una traición. El hecho que una extranjera consignara el chiste por escrito fue una terrible ofensa para sus huéspedes y tuvo para la autora consecuencias inesperadas. Se convirtió para sus amigos y las personas que admiraba en persona *non grata*, y el alejamiento y el rechazo de personas que valoraba le provocan insomnio y un colapso nervioso. A esto se sumaba el hecho que en esa época ya se sabía vigilada y catalogada como enemiga de Rumania, lo que había ignorado hasta entonces.

Las consecuencias de la lectura de los legajos acumulados a lo largo de varias décadas y la vista de fotos tomadas sin que se hubiera dado cuenta, provoca en la autora sensaciones encontradas. Peor aún fue enterarse que, sin saberlo, algunos amigos tuvieron problemas por su causa con la Securitate (alguno hasta pierde su trabajo). De la lectura de sus legajos, a pesar de haber sido anonimizados, descubre que unas setenta personas habían informado sobre ella. Algunos eran los simpáticos dueños de casas donde vivió, pero el revés más grave fue la certeza que grandes amigos la habían denunciado.

La franqueza de Verdery se pone sobre todo de manifiesto en las páginas dedicadas a su vida sexual, sobre todo en sus primeras estadias en Rumania, que divide ordenadamente en dos partes: “*Sex in the Field, Part I*” (81–85) y “*Sex in the Field, Part II*” (160–165), sobre este aspecto en la década de 1980. Allí tuvo una activa vida sexual con personas de ambos sexos. Estas experiencias, que en principio deberían pertenecer a una esfera íntima, no lo eran, ya que la Securitate estaba presente, a través de grabaciones, en esos encuentros e incluso le envía hombres para que informen sobre ella.

Verdery abandona Rumania al borde del surmenaje y vuelve recién después de la muerte de Ceaușescu, en 1991, cuando investiga hasta 1994 las consecuencias del desmantelamiento de las granjas colectivas y su devolución a los anteriores dueños (*The Vanishing Hectare. Property and Value in Postsocialist Transylvania*. Ithaca 2003).

En el año 2016 logra hablar con tres ex agentes de la Securitate que aparecían en su legajo quienes, luego de cierta relucencia, acceden a conversar con ella. Veían su propia tarea como un deber hacia su país en la época de la guerra fría. Más dolorosas fueron las conversaciones con algunos amigos que habían sido informantes. Amigos y conocidos que, o bien no habían sido reclutados o se habían negado a actuar como informantes, insisten a partir de ese momento en que su deber es desenmascarar a agentes e informantes y revelar su identidad. Verdery no lo hace, quiere entender qué los llevó a ello. Tampoco los acusa, sino que los ve como parte de un sistema social. Este “querer entender” es un desiderátum de la etnografía, que Verdery cumple cabalmente.

Hubiera sido comprensible si Verdery, luego de las experiencias pasadas, hubiera dado por terminadas sus relaciones con Rumania, pero no es así: hasta la actualidad vuelve allí periódicamente, donde ha cimentado amistades duraderas. Sería fácil comentar el grado de ingenuidad de una joven norteamericana en una sociedad como era la rumana en la década de 1970, si la autora no lo hubiera hecho ya, y con una franqueza apabullante.

Un aspecto fascinante de esta obra es la suma de voces, en un concierto ciertamente cacofónico, que resulta de las vivencias de la autora, cómo estas se reflejaban en las cartas que escribía a familiares y amigos en los Estados Unidos, las entradas en su diario íntimo y las noticias de la Securitate. Los rumores en sistemas dictatoriales alcanzan a veces profundidades surreales. En este caso, la acusación de ser una agitadora húngara surgió a partir de la aseveración, infundada, y que nadie trató de probar, que su apellido era de este origen. Realidad y ficción se rozan aquí a menudo de un modo intranquilizador. A lo largo de estas páginas, el lector encuentra ecos de otras obras ajenas a la antropología: las novelas de Ismail Kadaré (nacido 1936), el gran escritor albanés que, en mi opinión, ha descrito como ningún otro autor, los vericuetos de las acusaciones en una dic-

tadura y los sucesos reales que suelen tener rasgos surreales.

María Susana Cippolletti
(mariacippolletti@hotmail.com)

Walravens, Hartmut (Hrsg.): Herbert Muellers Forschungsreise nach China 1912–1913. Aus den Akten und Korrespondenzen neu bearbeitet und durch historische Fotos ergänzt. Wiesbaden: Harrassowitz Verlag, 2017. 219 pp. ISBN 978-3-447-10849-2. (Asien- und Afrika-Studien der Humboldt-Universität zu Berlin, 49). Preis: € 54,00

Bereits 1992 publizierte der Berliner Bibliothekar, Sinologe und Ostasienbibliograf Hartmut Walravens beim C. Bell Verlag, Berlin, in der Reihe *Han-pao tung-Ya shu-chi mu-lu* (Lose Folge von Bibliographien, Indizes und Fundhilfen aus dem Gesamtgebiet der Ostasienwissenschaften, 45), deren Herausgeber er selbst war, in limitierter Auflage den Band “Herbert Mueller (1885–1966). Sinologe, Kunsthändler, Jurist und Journalist. Eine biobibliographische Skizze”. Darin legte er erstmals Fundstücke über einen deutschen Chinakenner vor, der von akademischer Seite bis dahin kaum gewürdigt worden war. Erst allmählich rückt Herbert Mueller nun in verschiedenen Forschungsinteressen in den Blick der Chinaforschung. Dafür ist die Publikation seines Nachlasses zweifelsohne nützlich.

Es lohnt sich zunächst, einen Blick in den 1992 publizierten Band zu werfen, steht er doch in engem Verhältnis zu dem hier besprochenen Band. So finden sich darin bereits biografische Miszellen über Herbert Mueller; ein Verzeichnis der Veröffentlichungen Muellers; eine Liste von Literatur über Herbert Mueller; eine Liste der Beiträge Muellers in der Frankfurter Zeitung in den Jahren 1924–1934; eine Übersicht über chinesische Wachswalzenaufnahmen, die im Berliner Phonogrammarchiv verwahrt werden; ein Bericht von H. Hülle über die Büchersammlung, die Mueller am Beginn des 20. Jh.s auftragsmäßig für die Königliche Bibliothek Berlin beschaffte und die heute in der dortigen Staatsbibliothek verwahrt ist; die Reproduktion eines Briefwechsels von Mueller mit Berthold Laufer 1923/1924; ein ausführlicher “Bericht über Forschungsreisen in China für das Museum für Völkerkunde in Berlin” 1912/1913; der Briefwechsel Muellers mit Chinawissenschaftlern während seiner Internierung in Landsberg im Rahmen des “Shanghai-Prozesses” 1947–1949; ein Bericht von Mueller über seine Gefangennahme in Chahar in den mongolischen Siedlungsgebieten im Jahr 1935, der im selben Jahr in der Deutschen Allgemeinen Zeitung publiziert worden war; Texte zu einer Kontroverse, die Mueller durch die Veröffentlichung seines Textes “Der Pään auf Peking” 1932 ausgelöst hatte; drei Beiträge von Mueller über die Sinologie in Deutschland aus den ersten Jahrzehnten des 20. Jh.s; Stellungnahmen von Mueller zu Kritiken an Marc Aurel Stein; ein Beitrag Muellers zur Gründung des Richthofen-Instituts; Repro-

duktionen einer Reihe von Feuilleton-Beiträgen von Mueller, meist unter seinem chinesischen Namen Sunglin verfasst, und im Appendix eine Liste: “Von Mueller für die Königliche Bibliothek Berlin erworbene islamische Literatur”.

Auf der Grundlage dieses ersten Bandes publizierte Hartmut Walravens nun den hier rezensierten zweiten Band mit Materialien von und über Herbert Mueller. In gewohnt Akten und Schriften kumulierender und in zahlreichen Fußnoten umfangreiche Zusatzinformationen erschließender Weise des Herausgebers findet sich in diesem Band eine, wie weiter unten ausgeführt wird, ähnlich diverse Anhäufung an Dokumentiertem, zum Teil als erneute Reproduktionen aus dem 1992er Band. Es erschliesst sich der Lesenden weder die Auswahl noch die Begründung für die Neuauflage des Bandes. Am Ende wird, wer sich mit Mueller befassen möchte, zunächst einmal diese beiden Bände akribisch vergleichen müssen, um herauszufinden, worin sie sich – über die offensichtlich ergänzten Fotos und wenigen neuen Schriftstücke hinaus – letztlich unterscheiden bzw. ergänzen.

Was rechtfertigt eigentlich einen solchen Aufwand um Schriften zur Person eines Chinareisenden und -kenners in der ersten Hälfte des 20. Jh.s? Da wäre zunächst Mueller als Sammler. Die Staatsbibliothek Preußischer Kulturbesitz in Berlin verdankt ihm immerhin die Beschaffung des erwähnten Grundstockes ihres chinesischsprachigen Bestandes; das Ethnologische Museum in Berlin die Beschaffung einiger Objektbestände; die Chinaethnologie und die Chinaarchäologie zahlreiche Forschungsberichte und die Chinawissenschaften ein umfangreiches Nachlasskonvolut an Schriften. Es sind Briefe, Berichte, Zeitungsartikel und persönliche Reflexionen über Gesellschaft und Geschehen in einem China, das sich im turbulenten Übergang von der Kaiserzeit über die Republikzeit, mit verschiedenen Kriegsschauplätzen im Land und der Besetzung der Mandschurei durch Japan, bis hin zur Gründung der VR China befand.

Etwas mehr als ein halbes Jahrhundert nach Herbert Muellers Tod im Jahr 1966 lohnt es sich in der Tat, dessen Leben, darunter auch schillernde Facetten seiner Biografie, noch einmal in den Blick zu nehmen und unter aktuellen Fragestellungen zu betrachten. Anders als der Titel vermuten lässt, umspannen die in dem Band “Herbert Muellers Forschungsreise nach China 1912–1913” vorgelegten Dokumente einen weit größeren Zeitraum. Die Lektüre navigiert die Leserschaft, vorausgesetzt man liest alle Fußnoten mit, mitten hinein in die Konturen eines hoch interessanten Kapitels der westlichen resp. deutschen Wahrnehmungsgeschichte Chinas.

Der Band ist in ein sehr kurzes Vorwort und 11 Rubriken geordnet. Unter “Biographisches” sind ein Nachruf auf Mueller von dem Journalisten Wolf Schenke von 1966, ein Lebenslauf aus der Dissertation von Mueller von 1909, ein Vorwort des Galeristen Herbert J. Devine zum Katalog der Ausstellung “The Sunglin Collection